

Filosofía, conceptos psicológicos y psiquiatría de Alejandro Tomasini Bassols*

Philosophy, psychological concepts and psychiatry by Alejandro Tomasini Bassols

Filosofia, conceitos psicológicos e psiquiatria do Alejandro Tomasini Bassols

Fecha de entrega: 20 de abril de 2017
Fecha de evaluación: 12 de mayo de 2017
Fecha de aprobación: 16 de junio de 2017

Autor: Alejandro Tomasini Bassols

*Angélica María Rodríguez Ortiz***

La filosofía analítica, concebida como un modo particular de hacer filosofía, específicamente desde el análisis del lenguaje, surgió hace poco más de un siglo, y desde entonces se ha convertido en un camino para realizar análisis de los diferentes problemas que convocan las cuestiones fundamentales de la filosofía. En palabras de Hurtado, podríamos concebirla “como una filosofía revolucionaria y liberadora” (2012, 165)¹; ya que, en los inicios de esta nueva forma de pensar el mundo, “la filosofía

* Libro producto de una investigación analítica publicado en 2016 por Herder Editorial (México).

** Doctora en Filosofía, por la Universidad Pontificia Bolivariana, magister en Educación y licenciada en Filosofía y Letras. Líder y docente del programa de Maestría en Enseñanza de las Ciencias, Universidad Autónoma de Manizales. Investigadora del grupo SEAD-UAM. <http://orcid.org/0000-0002-7710-9915>. angelica.rodriguez276@gmail.com; amrodriguez@autonoma.edu.co

1 Hurtado, G.(2012) ¿Qué es y qué puede ser la filosofía analítica? *Diánoia*, volumen LVII, número 68, pp. 165–173.

analítica buscó un método riguroso que permitiera a los seres humanos liberar su pensamiento de pseudoproblemas y vicios conceptuales; pensemos, por ejemplo, en la obra de Moore, de Russell, de Wittgenstein y del Círculo de Viena, y en la filosofía del lenguaje ordinario” (Hurtado, 2012, p 166), las cuales nos permiten rastrear vicios conceptuales que por mucho tiempo fueron considerados problemas en la filosofía, los mismos que, a la larga, como se llegó a demostrar, pertenecían al campo de los pseudoproblemas, es decir, a problemas que no son reales.

A lo largo de este siglo, se han presentado diversos giros en torno a la filosofía analítica, al punto de llegar a concebirla como un método para delimitar conceptualmente la construcción del conocimiento. El auge de esta ha llevado a que en Latinoamérica surja una serie pensadores que en la actualidad se destacan en este campo. Uno de ellos ha sido el profesor Alejandro Tomasini, reconocido pensador mexicano, quien retoma el método analítico usado por Wittgenstein y continúa una línea de trabajo en el análisis lingüístico y conceptual, cuyo fin procura develar pseudoproblemas que surgen en el uso inapropiado del lenguaje.

En su trasegar filosófico el doctor Tomasini aborda los problemas desde la herencia wittgensteiniana. El análisis lingüístico ha sido la principal característica del pensador mexicano, y de ello no escapa su más reciente obra, *Filosofía, conceptos psicológicos y psiquiatría* (2016), con la cual nos lleva por el camino de la filosofía analítica, demarcando errores conceptuales que llevan a falsos problemas o pseudoproblemas en la filosofía de la mente y en los estudios de las ciencias cognitivas, así como en la psiquiatría.

Como es de esperarse de un wittgensteiniano, Tomasini inicia sus discusiones a la luz de aclaraciones lingüísticas, con el fin de mostrar cómo gran parte de los *supuestos problemas* que aborda la filosofía de la mente no son más que malas conceptualizaciones y reduccionismos heredados de la filosofía cartesiana, los cuales han llevado a la filosofía de la mente y a la psiquiatría a abordar falsos problemas que incurrir en dualismo, el problema de otras mentes, el problema del ‘yo’, entre otros de los muchos problemas de orden conceptual.

Este pensador mexicano nos presenta en su más reciente libro diez capítulos en los cuales aborda temas como “Las sensaciones”; “La memoria y el recuerdo”; “La naturaleza de las emociones, los deseos”; “El creer y las creencias”; “La filosofía de la psiquiatría”; “La crisis de la psiquiatría”; “Psiquiatría, inserción de pensamientos y

filosofía wittgensteiniana”; “Psiquiatría, privacidad de la experiencia”; y “Wittgenstein; psiquiatría y derecho”. En cada uno de ellos realiza análisis conceptuales y lingüísticos con el fin de develar que los que se han considerado, por mucho tiempo, como problemas en realidad no lo son.

Sin embargo, luego de hacer la lectura del libro del filósofo mexicano me atrevo a decir que estos diez capítulos corresponden a dos grandes temas: *filosofía de la mente* y *filosofía de la psiquiatría*, temas en los cuales, a partir de revisiones conceptuales, demarca los vicios más comunes en el discurso de cada una de estas disciplinas, además de acentuar su postura sobre papel del lenguaje en cada una de ellas.

En la primera parte del libro, es decir, en los cinco primeros capítulos, el autor presenta la expresión de “estados mentales” a través de expresiones lingüísticas. En primera instancia analiza las sensaciones, el recuerdo, la memoria, los deseos, las creencias, además de otras facultades atribuidas a la mente, con el fin de mostrar que no hay conexión causal directa —tal y como se ha sustentado en la filosofía de la mente— entre ‘tales estados’ y el cerebro. Para el caso de las creencias, acaba por afirmar que no deben ser consideradas como ‘estado mental’, puesto que no cumplen las condiciones necesarias para ser un estado.

Su análisis conceptual muestra que parte de los errores en el discurso se presentan por las traducciones realizadas de los textos originales de la filosofía de la mente, los cuales, en su mayoría, están escritos en inglés. En el caso del recuerdo, por ejemplo, expone que memoria y recuerdo son usados en inglés para significar lo mismo, sin embargo, “La memoria es una facultad, un poder de carácter en algún sentido cognitivo, un recuerdo es otra cosa” (p. 57). El autor enfatiza a lo largo del capítulo dedicado a este análisis que no hay conexión entre cerebro y recuerdo. Asimismo, a lo largo de los cuatro siguientes se empeña en mostrar que tampoco hay relación entre cerebro y sensaciones o entre deseos y creencias y cerebro. Las relaciones directas de estos que erróneamente —afirma el autor— hemos denominado estados mentales se dan con el lenguaje. El lenguaje es el medio por el cual podemos expresar nuestros deseos, creencias, sensaciones y recuerdos.

Para Tomasini, el lenguaje usado para referirse a las sensaciones no tiene carácter cognitivo: “tener un dolor no es un asunto de investigación, de postulación de hipótesis, de conocimiento, de verdad o falsedad” (p. 40). Lo que nos lleva a tales presupuestos viciados es el uso popular de sinonimias, tomar sensación como impresión y opinión o sensación como dolor. De igual forma ocurre en el caso del recuerdo. Para Tomasini,

el recuerdo debe ser reconocido como un movimiento lingüístico, “el recuerdo no tiene ubicación corporal”. Para este filósofo analítico, la intensidad del recuerdo se mide “por la recurrencia general del discurso en el relato del hablante” (p. 63).

El problema real —plantea el autor— está en que el lenguaje psicológico adopta la relación nombre-objeto, lo cual es un error. El lenguaje de las sensaciones no es un lenguaje de objetos, como tampoco lo es el de los recuerdos o el de los deseos. Desde esta perspectiva, inicia sus planteamientos siguiendo las afirmaciones de Bennet y Hacker y su reconocida crítica conceptual al uso del lenguaje en el campo de lo psicológico y la neurociencia.

Este abordaje analítico le permite presentar una crítica a la concepción defendida por Hume y Russell, quienes asumen la imagen mental como parte esencial del recuerdo. En este sentido, Tomasini —citando a Malcolm (1963)²— afirma que “la imagen mental es redundante para la caracterización formal del recuerdo”. Por lo cual, “si no hay narración del lenguaje no hay recuerdo; si no hay lenguaje no hay recuerdo” (p. 67). De esta manera, a lo largo del libro, el filósofo latinoamericano nos presenta al lenguaje como condición de posibilidad para el recuerdo, para los deseos y para las creencias.

Ahora bien, es preciso resaltar que Tomasini, además de mostrar los errores conceptuales en los que han incurrido las teorías de las ciencias cognitivas —entre ellas la filosofía de la mente—, nos muestra que el uso errado de sinonimias lleva a discursos equívocos. Por esta razón, además de esclarecer conceptualmente lo que es “recuerdo”, “deseo” y “creencia”, hace distinciones entre dichos términos y los que usamos como sinónimos. Con lo cual, para el caso de la memoria y el recuerdo, nos presenta que son diferentes, aun cuando en la generalidad de los discursos de las ciencias cognitivas son tomados como iguales. La memoria es orgánica —nos expone el autor— y es la que da lugar a sensaciones, el recuerdo es un mecanismo de carácter esencialmente lingüístico y cognitivo, es de carácter proposicional.

Una vez realiza su análisis conceptual sobre las sensaciones, la memoria y el recuerdo, el autor se sumerge en el estudio de la naturaleza de las emociones. En su estudio, el pensador afirma que las emociones son afecciones básicamente cargadas de reacción

2 Malcolm, N. (1963). “Three Lectures on Memory” en *Knowledge and Certainty*. Essays and Lectures. Ithaca and London: Cornell University Press.

y evaluación. Las emociones están en relación con las creencias y la evaluación; y para sostener esta tesis analiza los rasgos primordiales de las emociones, con lo cual además realiza la distinción conceptual entre sensación y sentimiento.

Para Tomasini, existe una gran distinción entre emociones orgánicas y emociones lingüísticas. Este análisis distintivo le permite evidenciar la relación entre emociones, creencias y lenguaje, relación que fortalece argumentativamente a lo largo del libro. “Los contextos de las emociones están condicionados por las creencias y los valores de los hablantes” (p. 106). En palabras del autor, las emociones no son estados cerebrales ni estados internos, razón por la cual los estudios neurofisiológicos no pueden dar cuenta de la naturaleza de las emociones, puesto que no hay una relación directa con el cerebro.

Capítulo a capítulo Tomasini lleva al lector a clarificar los errores que devienen de la formulación de las preguntas por la naturaleza de las emociones, los deseos, las sensaciones, etc. Preguntas como ¿qué son los deseos?, ¿qué son las creencias?, etc., no tienen sentido. Tales preguntas son relevantes en la medida en que se cambia a la pregunta por las aplicaciones de las palabras relevantes que estas convocan; es decir, “sensaciones”, “deseos”, “creencias”, “memoria” y “recuerdo”; por ello, el filósofo mexicano sostiene que las preguntas que deberían realizarse debe ser por las adscripciones y autoadscripciones de estos —que se han considerado en la literatura— “estados mentales”.

En este sentido, el giro de las preguntas de orden ontológico a las preguntas por las adscripciones lo lleva, por ejemplo, a indagar por las reglas del uso del verbo “desear”, y desde este contexto lingüístico abordar el esclarecimiento conceptual, el cual, a su vez, le permite entender lo que son los deseos. “Desear” es un verbo que presupone que se distingue y matiza multitud de reacciones, expresiones y formas de conducta (p. 121).

El análisis del verbo “desear”, por ejemplo, lleva al autor a afirmar que quien lo usa presenta de manera favorable una situación desde los intereses personales, pero ello no implica una descripción de un estado interno, caso similar ocurre con otras emociones y con las creencias.

La estructura e ilación del texto en cada capítulo permite al lector identificar las relaciones de redes conceptuales que el autor abordará en el capítulo siguiente y

entretrejer una red conceptual para comprender el objetivo central del autor: esclarecer el discurso usado en la filosofía de la mente y en la filosofía de la psiquiatría, a partir del análisis heredado de Wittgenstein. Pues, según Tomasini, cada uno de estos pseudoproblemas ya había sido objeto de especulación por parte del filósofo austriaco.

Uno de los análisis más polémicos puede ser el que realiza al creer y las creencias. En torno a este tema, el autor hace referencia a Bertrand Russell y su concepción, puesto que considera la creencia como una “actitud proposicional”. Concepción que critica por su juicio metalista, ya que, para Russell, “creer algo, por lo tanto, sería estar en un estado mental peculiar orientado hacia una proposición”; sin embargo, al final de su discusión, Tomasini acepta en parte que la creencia se da en el marco de las actitudes proposicionales.

En su estudio sobre las creencias, el autor pasa a exponer que la diferenciación de un estado mental con otro se logra en el seguimiento de reglas y ello es posible en la relación con los demás. Un agente no sigue reglas solo, el seguimiento de reglas se da en el campo social; por ello, el lenguaje permite expresar sus estados mentales y convencionalmente reconocer si X es o no una creencia y diferenciarla de otros estados de la mente humana.

En lo referente a este tema, el autor nos presenta —siguiendo a Wittgenstein— que

Lo que importa es que el sentido de una oración sea expresado lingüísticamente y eso sólo es posible cuando se conectan los elementos de la oración con los elementos del hecho descrito. Por eso que yo crea que p al final de cuentas es ‘p’ dice p. (p.153).

Así, Tomasini expone desde los planteamientos wittgensteinianos que no tiene el menor sentido hablar de creencias al margen de las adscripciones de creencia. Su análisis sobre la creencia desde el lenguaje y su uso reglado lo lleva a evidenciar la sustantivación de esta en el paso proposicional de “él cree que *p*” a “él tiene la creencia de que *p*”.

Ahora bien, su aclaración conceptual nos remite, nuevamente, a los planteamientos de Bennett y Hacker, con el fin de demarcar las diferencias entre creer y conocer. Así, desde la distinción proposicional “creer que...” y “conocer que...”, el filósofo analítico expone que las creencias pueden ser absurdas, verdaderas o falsas, pero el

conocimiento no; pues mientras el conocimiento está atado a nuestras percepciones, no sucede así con las creencias.

Una vez examina los conceptos anteriormente enunciados, el autor pasa a realizar un análisis sobre la filosofía de la psiquiatría en relación con la filosofía de la mente. Este, en mi opinión, es el segundo gran tema de su libro, ya que además de analizar conceptualmente el discurso de la psiquiatría aborda temas de conducta y establece diferencias entre los problemas que esta puede abordar como ciencia y los pseudoproblemas que ha estado abordando por seguir el discurso de la filosofía de la mente. Algo que Tomasini ha denominado *la crisis en los fundamentos de la psiquiatría*.

Para el autor, “la psiquiatría está infectada teóricamente por enredos como el famoso ‘problema mente/cuerpo’, la naturaleza de lo mental, la construcción del ‘yo’ y muchos otros enredos de la filosofía de la mente” (p. 180). El problema está en que los psiquiatras recurren a nociones filosóficamente sospechosas. De acuerdo con lo anterior, la psiquiatría está marcada por una esencial ambigüedad conceptual.

En su análisis de la psiquiatría, el profesor sostiene que es a través del lenguaje y la conducta como el psiquiatra logra diagnosticar al paciente. Así, inicia un estudio sobre lo que se considera como “anomalía” e identifica que las interacciones permanentes entre lenguaje, pensamiento y conducta permiten a los psiquiatras identificar las anomalías que presenta un paciente.

Tomasini afirma que el lenguaje es una forma mucho más refinada de la conducta humana, y es a través de esta conducta lingüística que se pueden evidenciar mejor las “anormalidades” psiquiátricas. En efecto, “no se puede tener un lenguaje absurdo con una conducta normal y un sistema estándar de creencias, así como creencias demenciales inevitablemente se plasmarán o materializarán o tomarán cuerpo en narrativas ininteligibles y conductas extrañas e incomprensibles” (p. 191).

La psiquiatría enfrenta problemas físicos y psicológicos dadas sus raíces en la medicina y en la psicología; sin embargo, afirma el autor, esta disciplina está “plagada de enredos filosóficos”, los cuales son admitidos por los psiquiatras mismos. Enredos como mente/cuerpo, manifiesta Tomasini, son uno de los más representativos, y que permanecen, aun cuando Wittgenstein ya lo desenmascaró.

El problema de otras mentes, también es algo inmanente en los presupuestos de la psiquiatría. Un problema que, como lo muestra Tomasini, se soluciona en el uso del lenguaje común, para lo cual propone la necesidad de interpretar de una nueva forma los lenguajes. El lenguaje permite evidenciar lo que otros piensan, y abre una brecha en esa dimensión enteramente privada que este problema sugiere.

De igual forma, aborda en su estudio el problema del “yo”. Para este analítico, este se presenta porque “en general, se toma ‘yo’ como un signo que tiene tanto sentido como referencia y, en general, hay que admitirlo, no se nos da ni una cosa ni la otra” (p. 199). El ‘yo’ simplemente es un mecanismo lingüístico que usamos para iniciar un discurso que hace referencia a sí mismo. Con ello, Tomasini muestra que dicho problema es artificial; puesto que, “la idea de “yo” se va formando en la interacción con los demás durante nuestro proceso de interiorización del lenguaje, proceso durante el cual uno aprende a base del entrenamiento apropiado a reconocer su cuerpo y a hablar de sí mismo en función de lo que los demás dicen” (p. 201). No hay ideas innatas de ‘yo’ a la cartesiana.

Una postura en contra de los estados mentales como algo interno

Es preciso decir que el análisis que nos presenta Tomasini puede llegar a ser polémico, dado que afirmar que las creencias, deseos y recuerdos nada tienen que ver con lo que pasa dentro de una persona, es algo que va en contra de la tradición heredada en la filosofía de la mente. Sin embargo, afirmaciones como “creer no es un verbo de experiencia” (p. 161) o “los estados tienen duración, tienen principio y fin. [...] Dado que el tiempo no entra en la adscripción de las creencias como entra en la adscripción de sensaciones se sigue, si no me equivoco, que no hay tal cosa como el ‘estado de creer’ o, más coloquialmente, el estado de creencia” (p. 163) ponen los cimientos para la duda de muchos de los supuestos que hay en torno a la mente humana. No solo porque Tomasini descarte como inteligible la concepción que considera como potencial portador de las creencias al cerebro —concepción reduccionista—, sino porque plantea como absurdas las preguntas mismas que dan origen a la filosofía de la mente.

Asimismo, me atrevo a decir que su crítica sobre el deseo con el ejemplo “Yo puedo desear viajar a China porque tengo todos los conceptos de viaje, de país lejano, de

cultura milenaria, etc.” (p. 135) no resulta del todo convincente. En esta parte, el profesor Tomasini debe considerar que más que los conceptos, lo que poseo son las creencias, que si bien se expresan con lenguaje no se reducen a este. En diversas ocasiones podemos ver contraejemplos en los que se puede desear algo sin tener el concepto claro que hace referencia a mi objeto del deseo. En muchas ocasiones basta con la imagen de ese algo que nos agrada y nos hace desearlo. Afirmar, como lo hace el autor, que “alguien desea un pastel porque tiene el concepto de postre, de dulce y demás” llega a ser insuficiente para explicar el deseo; una cosa es la expresión de lo que se desea, la cual sí exige al agente del deseo tener tales conceptos para expresar su deseo, pero el deseo en sí mismo no los demanda.

Un contraejemplo, para lo que expone el profesor Tomasini, podría ser lo que plantea la psicología del consumidor. Los comerciales nos presentan imágenes sugestivas, las cuales en muchas ocasiones nos hacen desear algunos objetos presentados en el mercado (postres, gaseosas, etc.), aun cuando no tengamos el concepto adecuado para referirnos al objeto. Hay deseos expresados deícticamente (en los niños este caso puede evidenciarse).

Ahora bien, para el caso de las creencias y el creer, el autor expone que, “las creencias, aunadas a requerimientos naturales de las personas, se convierten en razones que explican las acciones del sujeto que tiene deseos” (p. 136). También afirma que hay una red de evaluaciones efectivamente operantes y sin estos no podemos hablar en absoluto de deseos. Sin embargo, la experiencia nos muestra contraejemplos a esto, dado que los niños también son agentes del deseo, y más que tener la red de valoraciones operante, expresan sus deseos por el gusto o disgusto que algo les produce.

Pese a los múltiples contraejemplos que se pueden hallar para sustentar la existencia y subjetividad de los estados mentales, es necesario reconocer el valioso aporte del libro que nos presenta el profesor Tomasini no solo porque realiza aclaraciones conceptuales que esclarecen el discurso, sino por el aporte a la discusión sobre estos temas y, ante todo, por develar el papel del lenguaje en la expresión de lo que hemos considerado estados mentales.

Algo indudable y para nada discutible de este libro es que sin lenguaje no podríamos ni tan siquiera considerar la existencia de deseos, recuerdos o creencias; puesto que

en su naturaleza está el contenido lingüístico que se convierte en condición de posibilidad no solo de su existencia, sino de su manifestación en el mundo.